

Don Bartolomé Mitre, español

POR MIGUEL DE UNAMUNO

La figura del general Mitre desde el punto de vista de España? Ni el que estas líneas traza podía dar una impresión—que no juicio—de la obra cultural de D. Bartolomé Mitre y Martínez sino contemplándola desde un punto de vista español. Quisiéramo o no, a sabiendas o sin saberlo. Que como Mitre mismo apenas si ha salido de tierra en que se piense, y, por lo tanto, se sienta, en lengua española. Pero esta impresión—no juicio, repetimos,—sobre el espíritu de la labor histórica del gran repúblico republicano argentino se va a trazar desde la nación española y no desde el Reino de España y tampoco por un súbdito de éste, sino por un español. Y a buen entendedor basta.

No tenemos por qué hablar de la política de Mitre, que no tuvo en lo internacional que rozarse con lo de España. Pero por simbólico sincronismo histórico y espiritual Mitre dejaba la presidencia de la república de su patria en vísperas de la revolución de setiembre de 1868, la que echó del trono de España a la hija del rey, en cuyo tiempo se cumplió la emancipación de la América española y a quien tan justamente juzgó Mitre. Y si con alguno de nuestros hombres representativos, sus contemporáneos, hubiéramos de compararle, sería con nuestro gran tribuno D. Emilio Castelar, historiador como él aunque no soldado también.

Ni de sus relaciones literarias con España podemos decir mucho. Tenía ya 68 años, en 1889, cuando «La Ilustración Artística» de Barcelona se lamentaba de lo poco que aquí se le conocía, en gran parte por no haber visitado esta tierra de sus abuelos, y un año después le nombraba correspondiente la Real Academia Española de la Lengua. Lo de siempre.

Ni hemos de traer a cuento sus juicios sobre España y los españoles, que en espíritu tan ponderado, ecuánime y sereno habrían de ser siempre discretos y nobles y justicieros. Ciertamente no pudo esquivarse a ciertos tópicos más de expresión que de concepto, como aquel de llamar a España alguna vez «madrasta», pero véase cómo lo hace: «Los americanos, revolucionarios de raza en presencia de la madrastra España, eran ante todo españoles de corazón en presencia de los enemigos extraños de la madre patria», etc. («Historia de San Martín», Cap. II, 11).

Su enjuiciamiento y sentencia de la obra de la emancipación sudamericana,

tal como aparece en sus obras y singularmente en su «Historia de San Martín»—a la que van a referirse las citas subsiguientes,—son una sentencia y enjuiciamiento genuinamente españoles, de lo más hondo del sentimiento popular, y liberal, español. Véase: «La España, que en verdad concedió a la América todo lo que ella tenía y dió a sus colonos, por efecto de la lejanía tal vez más libertad y más franquicias municipales que gozaban sus propios hijos en su territorio, jamás adoptó ni pensó adoptar una política que refundiese a las colonias en la comunidad nacional, y precisamente porque tenía un gobierno absoluto no podía hacerlo aun cuando lo hubiese querido



DON BARTOLOMÉ MITRE

o "hubiese sido capaz de pensarlo" (Cap. I, 11). Pasaje capitalísimo. Porque muerto por suerte fatídica el príncipe D. Juan, hijo de los Reyes Católicos, la obra de la conquista y colonización de América fué, más que del pueblo español, de dinastías de espíritu extranjero, Hapsburgos primero, Borbones después y reyes absolutos siempre.

Fueron las guerras de las independencias americanas verdaderas guerras civiles y parte de nuestra guerra aquí de la independencia, de la revolución española contra la abyección de su soberano. Y esto lo reconoció como el que más, y con más clara visión, Mitre. Y podríamos multiplicar los textos del gran historiador político en que éste reconoce tal verdad. Que él

vió bien claro que la metrópoli fué, tanto como sus colonias, víctima del sistema de la monarquía absoluta, y él supo hacer justicia al generoso cuanto infortunado liberalismo español, culpado aquí siempre, hasta en 1898, de filibusterismo.

Mitre supo ver la influencia que, por repercusión, ejerció la emancipación sudamericana en el espíritu liberal y democrático de España, y hay una gran verdad en aquellas sus palabras de que «el divorcio entre las colonias y la madre patria se efectuó en el momento crítico en que el abrazo que las unía las sofocaba recíprocamente, y separándose se salvaron» (I, 13). En el párrafo 1, del cap. XXIV se lee un juicio sereno y hondo sobre la España liberal, la que sintió que «la unidad despótica era incompatible con el régimen representativo y con la igualdad de los ciudadanos en la vida política», y en ese mismo párrafo se juzga a la verdadera española la obra del coronel D. Rafael del Riego, el que en su grito del 1º de enero de 1820, en Cabezas de San Juan, abrió «la era de la libertad para su patria a la vez que cerraba el período de la guerra de la América con su antigua metrópoli».

Para Mitre, a leerle atentamente, la independencia de la América española fué, más que un fin en sí, un medio; un medio de que surgiera «un nuevo mundo republicano» (I, 1). Llega a decir que «la idea innata de la república democrática estaba en las cosas mismas, en el organismo de todos y de cada uno» (XII, 5), y hay que leer sus atinadísimos juicios sobre los monarquizantes, más o menos vergonzosos, que había por entonces en esas tierras. El historiador Mitre fué un gran patriota de su patria, la República Argentina, porque fué un gran republicano—como aquí lo fuera Castelar,—pero también por eso fué un genuino y castizo español de la máxima España espiritual, de la vieja cepa popular y liberal, a la que nada ha conseguido ahogar. «Un rey absoluto, y por lo común imbécil, era el único punto de contacto, más bien que de unión, entre el mundo explotado, y la nación explotadora», (I, 11). ¡Pero no! la nación española no explotaba nada, sino que era a su vez explotada por el patrimonio dinástico.

Y Mitre supo descubrir por debajo de esa dura costra del despotismo dinástico el alma misma del pueblo español, el «individualismo ibérico». «Para el efecto bastó que el hombre dejara en Europa su cargo de servidumbres seculares, se transportase a otro continente vacante, y entregado a su espontaneidad rehiciese su propio destino, prevaleciendo sus instintos sanos y conservadores en la lucha por la vida», (I, 3). «Así vemos que la